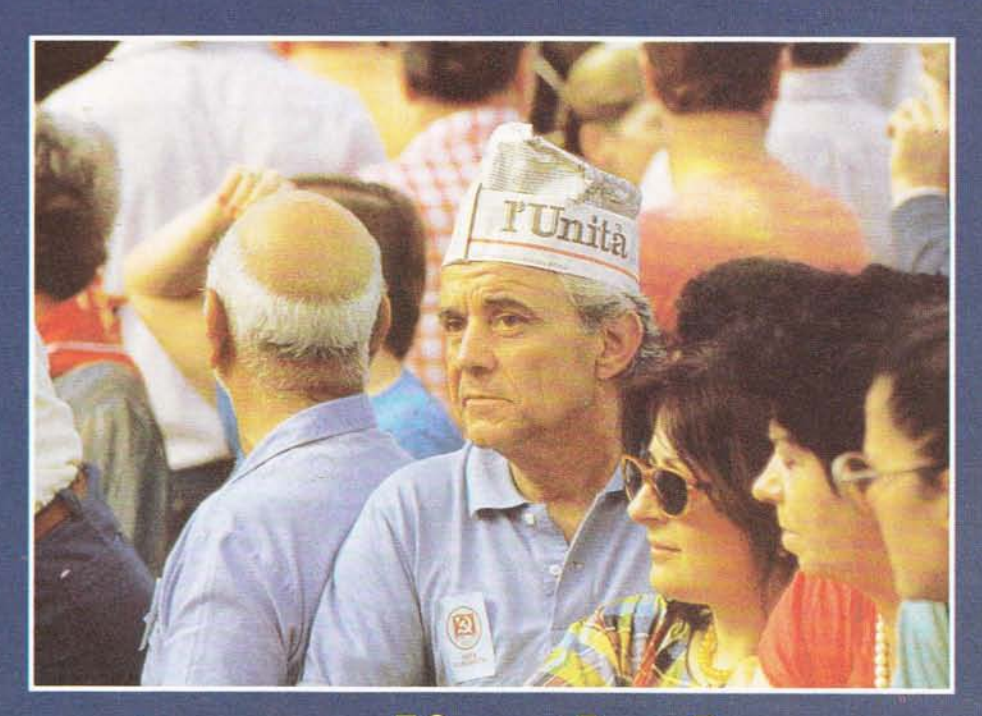
CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

23



La Italia de hoy

Javier Tusell

295 ptas

Historia 16



INFORMACION E HISTORIA, S. L.
PRESIDENTE: Isabel de Azcárate.
ADMINISTRADOR UNICO: Juan Tomás de Salas.
DIRECTOR: David Solar.
SUBDIRECTOR: Javier Villalba.
REDACCION: Isabel Valcárcel, José María Solé Mariño y Ana Bustelo.
CONFECCION: Guillermo Llorente.
FOTOGRAFIA: Juan Manuel Salabert.
GERENCIA: Félix Carpintero.
Es una publicación del Grupo 16.
REDACCION Y ADMINISTRACION: Madrid. Calle Rufino González, 34 bis. 28037 Madrid. Teléfonos 327 11 42 327 10 94.
Barcelona: Paseo de San Gervasio, 8, entresuelo. 08022 Barcelona. Teléfono 418 47 79.
SUSCRIPCIONES: Hermanos García Noblejas, 41. 28037 Madrid. Teléfonos 268 04 03 - 02.
PUBLICIDAD MADRID: Pilar Torija.

IMPRIME: Rivadeneyra, S. A.
DISTRIBUYE: INDISA. Rufino González, 34 bis. Teléfono: 586 31 00. 28037 Madrid.
P.V.P. Canarias: 320 ptas.
ISBN: 84-7679-271-9
Depósito legal: M-27.899-1993

CUADERNOS DEL MUNDO ACTUAL

Coordinación:

Angel Bahamonde Magro, Julio Gil Pecharromán, Elena Hernández Sandoica y Rosario de la Torre del Río

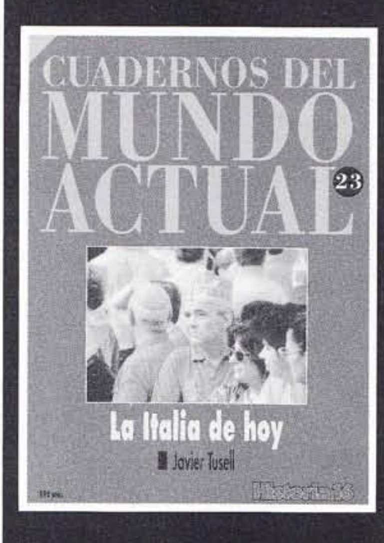
Universidad Complutense

1. La historia de hoy. • 2. Las frágiles fronteras de Europa. • 3. La sociedad española de los años 40. • 4. Las revoluciones científicas. • 5. Orígenes de la guerra fría. • 6. La España aislada. • 7. México: de Lázaro Cárdenas a hoy. • 8. La guerra de Corea. • 9. Las ciudades. • 10. La ONU. • 11. La España del exilio. • 12. El Apartheid. • 13. Keynes y las bases del pensamiento económico contemporáneo. • 14. El reparto del Asia otomana. • 15. Alemania 1949-1989. • 16. USA, la caza de brujas. • 17. Los padres de Europa. • 18. Africa: tribus y Estados, el mito de las naciones africanas. • 19. España: «Mr. Marshall». • 20. Indochina: de Dien Bien Fu a los jmeres rojos. • 21. Hollywood: el mundo del cine. • 22. La descolonización de Asia. • 23. Italia 1944-1992. • 24. Nasser. • 25. Bélgica. • 26. Bandung. • 27. Militares y política. • 28. El peronismo. • 29. Tito. • 30. El Japón de McArthur. • 31. El desorden monetario. • 32. La descolonización de Africa. • 33. De Gaulle. • 34. Canadá. • 35. Mujer y trabajo. • 36. Las guerras de Israel. • 37. Hungría 1956. • 38. Ghandi. • 39. El deporte de masas. • 40. La Cuba de Castro. • 41. El Ulster. • 42. La Aldea Global. Mass media, las nuevas comunicaciones. • 43. China, de Mao a la Revolución cultural. • 44. España: la emigración a Europa. • 45. El acomodo vaticano. • 46. Kennedy. • 47. El feminismo. • 48. El tratado de Roma. • 49. Argelia, de la independencia a la ilusión frustrada. • 50. Bad Godesberg. • 51. Nehru. • 52. Kruschev. • 53. España, la revolución del 600. • 54. El año 1968. • 55. USA, el síndrome del Vietnam. • 56. Grecia, Z. • 57. El fenómeno Beatles. • 58. Praga 1968. • 59. El fin del mito del Che. • 60. W. Brandt. • 61. Hindúes y musulmanes. • 62. Portugal 1975. • 63. El Chile de Allende. • 64. La violencia política en Europa. • 65. El desarrollo del subdesarrollo. • 66. Filipinas. • 67. España, la muerte de Franco. • 68. La URSS de Breznev. • 69. La crisis del petróleo. • 70. La Gran Bretaña de Margaret Thatcher. • 71. El Japón actual. • 72. La transición española. • 73. USA en la época Reagan. • 74. Olof Palme, la socialdemocracia sueca. • 75. Alternativos y verdes. • 76. América, la crisis del caudillismo. • 77. Los países de nueva industrialización. • 78. China, el postmaoísmo. • 79. La crisis de los países del Este, el desarrollo de Solidarnosc en Polonia. • 80. Perú, Sendero Luminoso. • 81. La Iglesia de Woytila. • 82. El Irán de Jomeini. • 83. La España del 23 F. • 84. Berlinguer, el eurocomunismo. • 85. Afganistán. • 86. España 1982-1993, el PSOE en el poder. • 87. Progresismo e integrismo. • 88. El peligro nuclear/la mancha de ozono. • 89. Gorbachov, la perestroika y la ruptura de la URSS. • 90. La sociedad postindustrial. • 91. La guerra del Golfo. • 92. Los cambios en la Europa del Este: 1989. • 93. La OTAN hoy. • 94. La unificación alemana. • 95. El SIDA. • 96. Yugoslavia. • 97. Hambre y revolución en el cuerno de Africa. • 98. Las últimas migraciones. • 99. Clinton. • 100. La España plural.

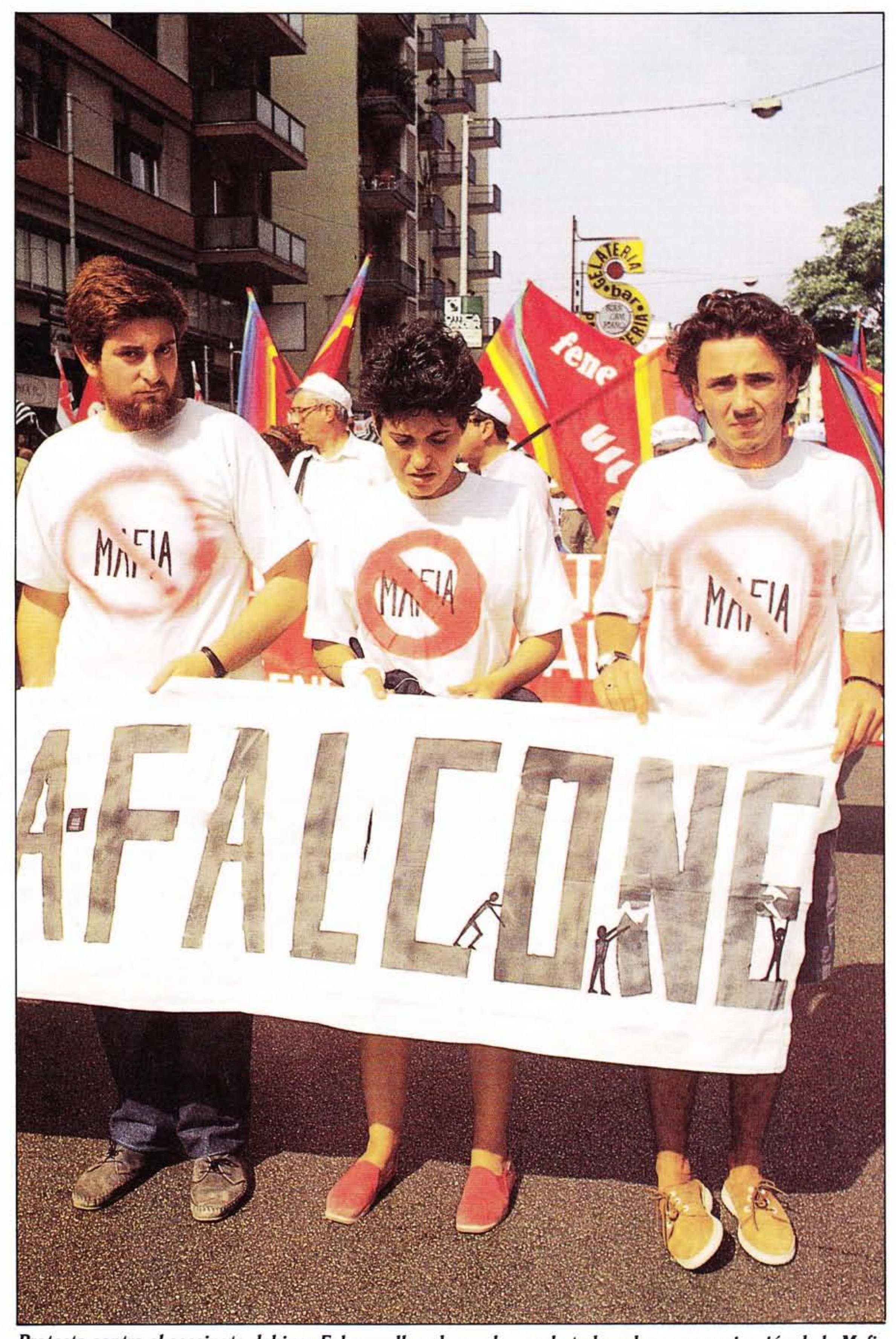
INDICE

La Italia de hoy

Javier Tusell



Grupo de italianos en un mitin electoral del Partido Comunista italiano



Protesta contra el asesinato del juez Falcone, llevado a cabo por la todopoderosa organización de la Mafia

La Italia de hoy

Por Javier Tusell
Catedrático de Historia Contemporánea. UNED

A la altura de 1944 vivía Italia una peculiar situación en el seno de una Europa atormentada, la de un país que había iniciado la guerra al lado del Eje y la concluía como cobeligerante de los aliados. La caída de Mussolini había supuesto la descomposición del Estado: sólo unos miles de soldados combatían con los anglosajones mientras el país vivía una auténtica guerra civil y unas condiciones económicas y de abastecimiento enormemente precarias. Aunque la destrucción de la industria se limitó tan sólo a algunos sectores (la siderurgia) durante años la cosecha no llegó a ser suficiente ni para cubrir la mitad de las necesidades.

Aparte de los inevitables desastres de la guerra no cabe la menor duda de que lo sucedido se explica por esa auténtica guerra civil producida en Italia a partir de 1943. La caída del fascismo dividió al país en un Norte y un Sur cuyas condiciones políticas eran muy distintas. En el *reino del Sur*, después del cambio de bando, se mantenía formalmente la legalidad monárquica, aunque quien la personificaba, colaborador del fascismo, hubiera cedido sus poderes, a título de lugarteniente, al príncipe Umberto de Saboya. El presidente del gobierno siguió siendo el mariscal Badogllio hasta el verano de 1944, en que fue sustituido por un hombre procedente del liberalismo de la monarquía de Saboya, Bonomi. Pero esa legalidad estaba en cuestión porque también lo estaba la Monarquía, aunque los aliados y en especial los británicos la quisieran mantener en condiciones semejantes a las precedentes. En el Norte se vivía una situación de poder revolucionario. La resistencia, surgida de forma espontánea, pudo llegar a agrupar a 200.000 combatientes y tuvo unos 35.000 muertos; llegó a controlar parte de las zonas rurales hasta que, tras una sublevación generalizada en abril de 1945, consiguió la liberación de casi todas las ciudades de la zona. La lucha de los partisanos fue principal, pero no exclusivamente, comunista y pesó con el llamado *viento del Norte* (el de la revolución, en definitiva) durante estos primeros años de la Italia republicana. Seis partidos representados en la resistencia (no sólo los comunistas, sino también los socialistas y los demócrata-cristianos) formaron un Comité de Liberación Nacional cuya autoridad tuvo que reconocer el gobierno Bonomi a fines de año en la zona Norte. La actitud contemporizadora de los comunistas, dirigidos por Togliatti, contribuyó a encontrar esta fórmula. En un discurso que se hizo célebre, pronunciado en Salerno, señaló la necesidad de contribuir a una lucha de libe-

ración nacional dejando a un lado por el momento los objetivos revolucionarios que les eran propios.

No se llegó a una solución que integrara verdaderamente la dualidad existente hasta junio de 1945 con el gobierno de Ferruccio Parri, vinculado al partido de Azione, un conglomerado liberal y progresista que, si había tenido una importancia muy destacada en la Resistencia, no llegó a convertirse en un partido de masas. Parri contó con una especie de organismo colectivo de consulta formado por los partidos de la resistencia y tuvo en el seno de su gabinete a sus principales dirigentes, como De Gasperi, por los democristianos, el socialista Nenni y el propio Togliatti. Con ello cambió de manera fundamental el poder político en Italia pasando de quienes habían colaborado con el fascismo a sus opositores. Poco ducho en cuestiones administrativas y muy receloso, Parri acabó cediendo el poder, a fines de año, a De Gasperi.

Precisamente la forma en que se planteó la cuestión del régimen constituyó una prueba de la habilidad política de De Gasperi

A estas alturas se habían planteado ya algunas cuestiones políticas decisivas que todavía tardarían en ser resueltas. En los meses que transcurrieron desde el final de la guerra habían surgido movimientos partidistas efímeros, pero que lograron un apoyo social que parecía destinado a ser muy importante. Hubo movimientos separatistas en Sicilia y Cerdeña y, sobre todo, uno bajo el impreciso título *L'uomo qualunque*, inspirado por el escritor Giannini, se hizo representante de los antiguos fascistas y de los que se habían sentido prontamente decepcionados por los partidos. Si este movimiento pudo encontrar apoyos fue, en parte, gracias a que en realidad no hubo verdadera depuración de los colaboradores con el pasado régimen mussoliniano. Esta realidad, justificable desde el punto de vista de que el fascismo había tenido un apoyo generalizado, no puede hacer olvidar, sin embargo, el hecho de que a comienzos de los sesenta de los 64 *prefetti* —gobernadores civiles— existentes sólo dos habían militado en la Resistencia, siendo el resto funcionarios que habían aceptado el fascismo.

Pero la cuestión más grave era, sin duda, la relativa a la Monarquía. Titubeante y, al mismo tiempo, convencido de su popularidad, el rey Vittorio Emanuele tardó en abdicar en su hijo Umberto hasta tan sólo unas semanas antes de jugarse su destino en un referéndum. Celebrado éste en junio de 1946 la República obtuvo el 54 por 100 de los votos, pero una buena señal de la desarticulación política del país fue la victoria de la Monarquía en toda la mitad sur de la península.

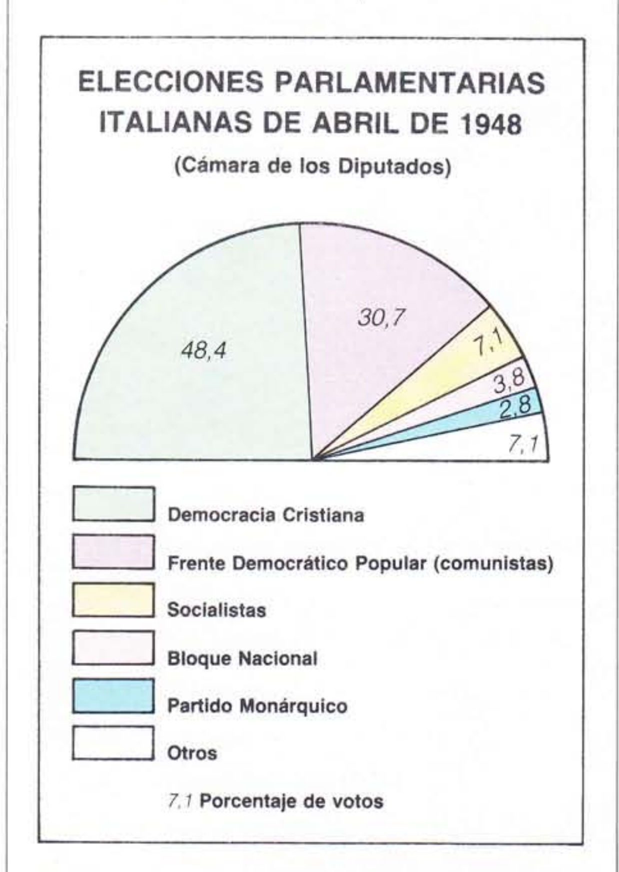
Un país lleno de contradicciones

Precisamente la forma en que se planteó la cuestión del régimen constituyó una prueba de la habilidad política de Alcide De Gasperi. Este no aceptó que la cuestión fuera dirimida por la Asamblea Constituyente, sino que la reservó para un referéndum en que la Democracia Cristiana no se jugaba su destino (tres cuartas partes de sus dirigentes eran republicanos, pero las masas votantes eran monárquicas). Su partido no había nacido como el resultado de una conspiración clerical y vaticana, sino con independencia de estos medios a los que, sin embargo, se impuso como solución ante el peligro de la izquierda. Pero De Gasperi, siempre interesado ante todo en fundar y mantener la estabilidad de un Estado democrático, definió a su grupo, en un sentido de ruptura con el pasado confesional, como un partido de centro *que se mueve hacia la izquierda*. Siempre reformista, De Gasperi, sin embargo, nunca dudó de que el marco en que había de desarrollarse el sistema económico debía ser el del mercado; de ahí que las medidas de reconstrucción quedaran en manos del liberal Einaudi.

Las primeras elecciones, que tuvieron lugar al mismo tiempo que el plebiscito, testimoniaron un cambio decisivo en la vida política italiana. La fuerza política que obtuvo más votos fue la Democracia Cristiana (35 por 100), seguida por los socialistas (20 por 100) y por los comunistas (19 por 100), mientras que los liberales, el grupo más importante de la época prefascista, quedó reducido a tan sólo el 7 por 100. Pero más importante que los porcentajes era el cambio de tono de la vida política que pasó a ser de masas. Eso es lo que explica la marginación de los pequeños grupos intermedios.

En el año 1945 el poder político pasó de quienes habían colaborado con el fascismo a sus opositores. Arriba, Togliatti, Pagetta, Longo y Amendola. Abajo, una foto de familia del Gobierno de Alcide de Gasperi

En adelante la vida italiana estaría principalmente en manos de dos poderosísimos partidos capaces de una penetración capilar en la sociedad: la Democracia Cristiana, que utilizó en su favor a las organizaciones del apostolado hasta el punto de dotar a la Iglesia del mayor grado de influencia que había tenido en un siglo, y el partido comunista, que se hizo con el dominio de la principal central sindical —la CGIL— aparte de muchas otras organizaciones sociales. El partido socialista acabó marginado a un tercer puesto debido a su división interna. Nenni mantuvo durante estos primeros años de



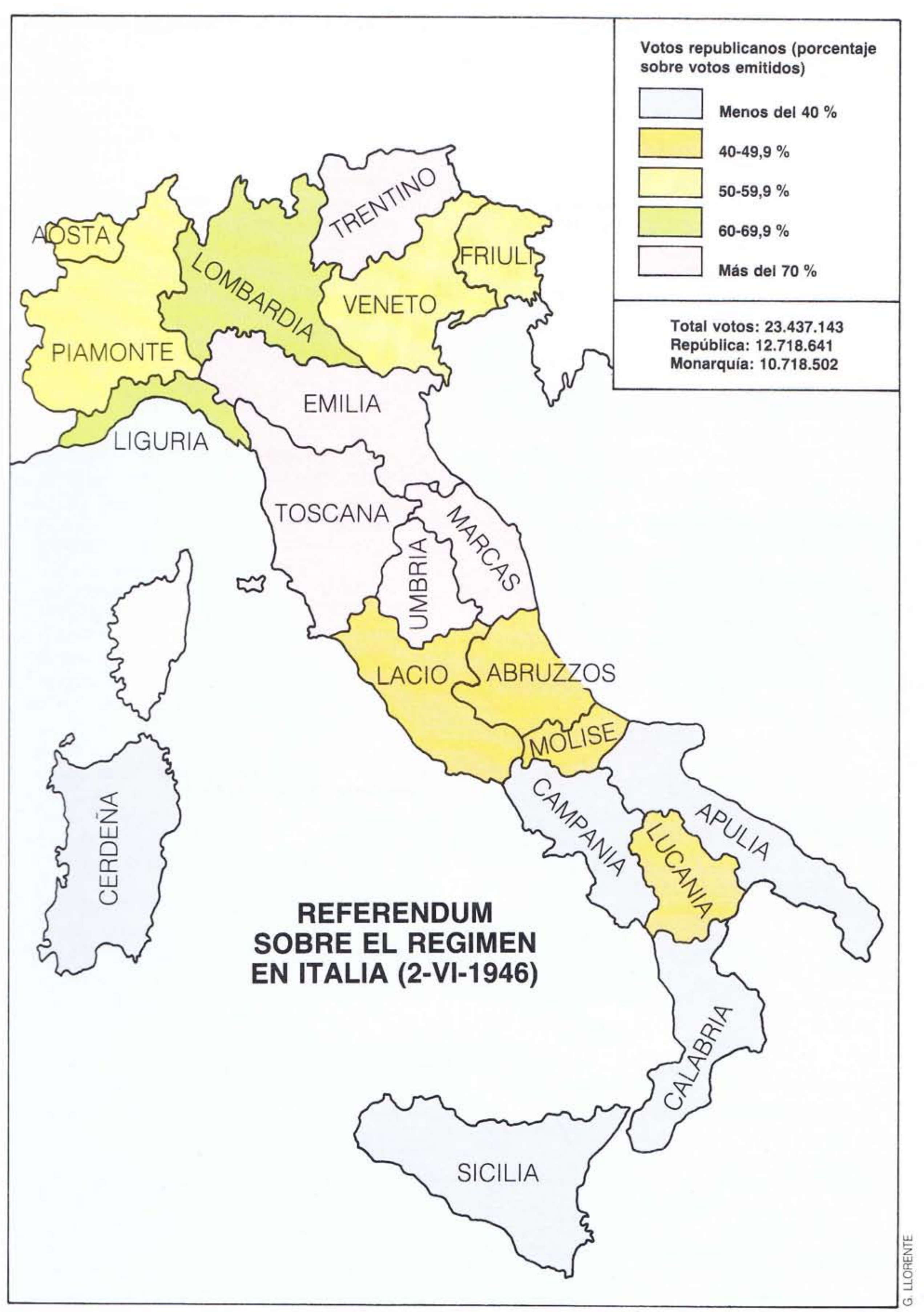
República una política de unidad con los comunistas y una política exterior que se inclinaba por una solución que no fuera occidentalista ni estalinista, lo que le perjudicó de manera grave. En enero de 1947 el partido se dividió en dos, permaneciendo al lado de la tendencia socialdemócrata del liberal humanista, Saragat, casi la mitad de los diputados y un porcentaje mucho menor de afiliados. Fueron vanos los intentos de Pertini por mantener la unidad del partido cuyo sector mayoritario defendía, además, una posición radical en materia económica y ni siquiera tenían un claro rumbo político, dividido en varias tendencias.

El gobierno formado después de las elecciones fue tripartito, con la colaboración de los tres principales grupos salidos de las urnas. Pero estaba destinado a durar poco aunque tuvo el mérito de pilotar el cambio constitucional. La elaboración de una nueva ley fundamental fue lenta y no careció de contradicciones por la superposición de doctrinas diversas. Además, buena parte de sus preceptos (por ejemplo, los relativos a la descentralización) quedaron remitidos a un futuro que resultó muy remoto. Pero la Constitución resultó duradera, tuvo el mérito de ser aceptada por sectores muy distantes desde el punto de vista político y acabó influyendo en otros textos constitucionales, como el español de 1978. Una prueba de las cesiones que debieron hacer los partidos fue que el partido comunista acabara aceptando la constitucionalización de los pactos lateranenses suscritos en 1929 entre el Vaticano y el régimen fascista.

Sin embargo, las diferencias entre los tres grandes partidos eran tan grandes que acabaron por estallar a mediados de 1947, siendo el detonante los sucesos del este de Europa. Hay que tener en cuenta que seguía presente el temor a una evolución revolucionaria: el propio PCI, que había colaborado en la redacción de la Constitución de un modo tan decisivo, proponía políticas contradictorias de tono revolucionario, como la unificación en un solo partido proletario o la colaboración exclusiva entre socialistas y comunistas. Por otro lado, la herencia de la Resistencia hizo que siguiera existiendo una situación potencialmente revolucionaria en no pocas regiones. A estos incidentes sociales hay que sumar la recogida de un elevadísimo número de armas (unos 200.000 fusiles) en estos primeros años republicanos. Socialistas y comunistas llegaron a justificar el golpe de Praga en 1948 aduciendo que en aquel país esos dos mismos partidos suponían más de la mitad de los escaños parlamentarios.

Los gobiernos de coalición

La respuesta de De Gasperi consistió en pasar del gobierno tripartito a uno cuatripartito, sumando a la Democracia Cristiana los pequeños grupos menores (socialdemócratas, liberales y republicanos) que tenían una clara vocación democrática occidental y, al


Votos republicanos (porcentaje sobre votos emitidos)
Menos del 40 %
40-49,9 %
50-59,9 %
60-69,9 %
Más del 70 %
Total votos: 23.437.143
República: 12.718.641
Monarquía: 10.718.502
AOSTA
PIAMONTE
LOMBARDIA
TRENTINO
FRIULI
VENETO
LIGURIA
EMILIA
TOSCANA
MARCAS
UMBRIA
LACIO
ABRUZZOS
MOLISE
CAMPANIA
APULIA
LUCANIA
CALABRIA
SICILIA
CERDEÑA
REFERENDUM
SOBRE EL REGIMEN
EN ITALIA (2-VI-1946)
G. LLORENTE

mismo tiempo, un neto carácter laico. Hay que destacar en este sentido la labor desarrollada por el republicano Ugo La Malfa, para quien la situación vivida por Italia en estos momentos, en que por vez primera se intentaba una democracia de masas, era de *asedio* y por ello resultaba especialmente obligado enraizar las nuevas instituciones.

En enero de 1948 socialistas y comunistas formaron un Frente Democrático Popular que acudió unido a las elecciones, celebradas en el mes de abril, cuando todavía no se había borrado el recuerdo de los acontecimientos de Checoslovaquia. El resultado fue una victoria muy clara de la Democracia Cristiana, que obtuvo casi el 49 por 100 de los votos mientras las izquierdas extremas se quedaron en el 31 por 100. Probablemente la clave de estos resultados estaba en que los vencedores habían logrado atraerse el voto burgués quizá más inclinado en el pasado hacia fórmulas más liberales, mientras que socialistas y comunistas habían perdido un 7 por 100 de los votos que fueron a parar a los socialdemócratas. Estas elecciones italianas habían conmovido al mundo, pero en adelante ya no habría dudas acerca de la permanencia de Italia en el mundo occidental. En teoría De Gasperi hubiera podido formar un gobierno monocolor porque tenía mayoría suficiente, pero prefirió, sin embargo, muy de acuerdo con la que había sido su política anterior, mantener el cuatripartito.

La Democracia Cristiana, en que cada vez se hacía más presente la existencia de diversas corrientes, siempre contó con los republicanos

Controversias territoriales

Sin duda, un factor que también influyó en el resultado de las elecciones fue que Estados Unidos apoyó la posición del gobierno italiano en torno a Trieste y dejó bien claro que el mantenimiento de la ayuda económica dependía de que no se produjera el establecimiento de un régimen comunista. Lo que importa, de cualquier modo, es que cuando se llevaron a cabo esas decisivas elecciones también había quedado determinada definitivamente la posición exterior italiana. No había carecido, sin embargo, de dificultades. Se trataba de un país que era, al mismo tiempo, una nación vencida y un cobeligerante, y había quedado de Italia la imagen del ataque por la espalda a Francia en 1940. Italia, en primer lugar, tuvo problemas al tratar de mantener al menos la administración de sus antiguas colonias y sólo logró conservar durante diez años Somalia, mientras que Eritrea pasaba a Abisinia y Libia a Gran Bretaña.

Además se le obligó a pagar indemnizaciones a Yugoslavia, Grecia y Rusia, pero no fueron de gran magnitud y, de hecho, fueron los norteamericanos los que las pagaron de manera indirecta; también hubo de aceptar una limitación en sus fuerzas militares. Pero, sin duda, para Italia lo más grave fue que se vio sometida a problemas de límites territoriales. Francia reivindicó el valle de Aosta, que ocupó temporalmente en 1945 para acabar abandonándolo tras unos meses. Sobre la región del Tirol del Sur, que era en sus tres cuartas partes de habla alemana, se llegó a un acuerdo en septiembre de 1946 con Austria, que permitió un régimen de autonomía. Más dificultoso fue el problema de los límites territoriales con Yugoslavia —la zona de Trieste— donde se daba un problema inverso al citado —población italiana en unos límites fronterizos de otra nación— y, además, existía cierta ambigüedad por parte de los comunistas, puesto que era un régimen de estas características el que aspiraba a ser dueño de la zona. La cuestión tardó en resolverse y provocó periódicos estallidos de efervescencia nacionalista en Italia, pero el apoyo occidental testimonió que habían desaparecido las iniciales prevenciones contra Italia. El viaje de De Gasperi a Estados Unidos a comienzos de 1947 debe interpretarse como el resultado de esa identificación más que como la consecuencia de una pretensión norteamericana de intervención en los asuntos de la nueva República.

La década de los cincuenta a menudo ha sido interpretada por los historiadores italianos como una adulteración deformadora de las ilusiones puestas en las nuevas instituciones, pero, en realidad, ello obedece a que la historia de estos años ha sido hecha por los vencidos y no por los vencedores. En

En el referéndum del mes de junio de 1946, la República obtuvo el 54 por 100 de los votos. En la foto de arriba, Nenni, Ruini, Vernochi, De Gasperi y Togliatti. Abajo, congreso del Partido Socialista Italiano en 1947

muchos sentidos se podría decir que estos años fueron los más constructivos de la República italiana. Fue cuando quedó diseñada, en definitiva, la esencia democrática de las instituciones así como un consenso de partidos en torno a ellas y se sentaron las bases para el posterior desarrollo económico. También quedó determinado el puesto de Italia en el orden internacional.

Los años del centrismo

Lo primero que es preciso decir con respecto a todas estas definiciones de la República italiana es que se hicieron en un sentido contrario a lo que significaba el comunismo, que se seguía viendo como un grave peligro. En pleno ambiente poselectoral de 1948 el principal dirigente del PCI fue objeto de un atentado, que provocó una situación casi insurreccional en las zonas donde el partido era más fuerte. A fines de la década de los cuarenta el espectáculo de la guerra fría y las tensiones sociales internas, que habían llevado a la ocupación de tierras en el medio rural, provocaron la fragmentación del sindicalismo, con la creación de un sindicato afín al mundo cristiano y de otro a favor de los socialistas.

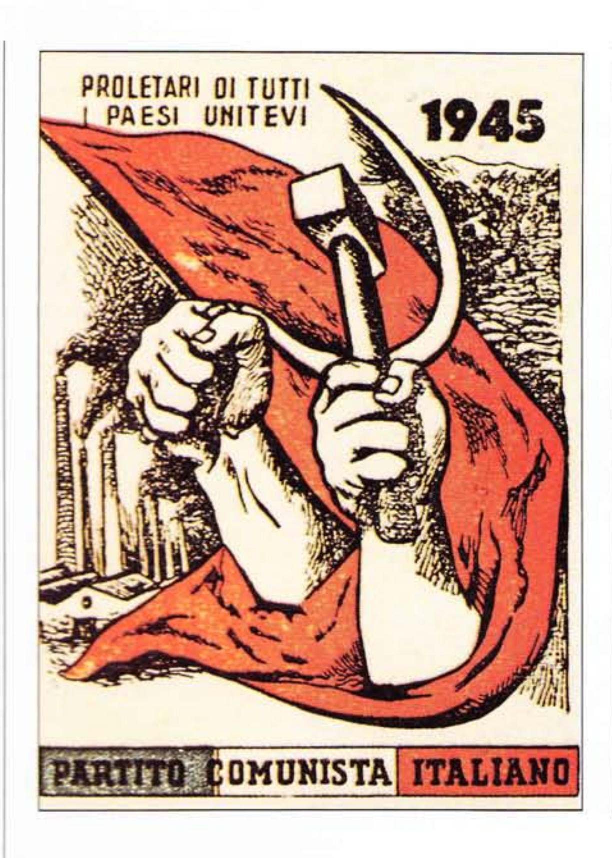
Tras la desaparición de De Gasperi y la retirada de Dossetti, se produjo un importante relevo generacional

Ese clima contribuye a explicar que en estos años se produjera cierta congelación institucional y un proceso que luego se consideró como clericalización. Parece indudable, sin embargo, que se debió a la voluntad espontánea de las clases medias burguesas y no a una especie de conspiración. La fórmula gubernamental siguió siendo en cuatripartito, aunque sujeto a variaciones y matices. La Democracia Cristiana, en que cada vez se hacía más presente la existencia de diversas corrientes, siempre contó con el apoyo de los republicanos pero sus aliados mantenían a veces políticas significativamente distintas. Los liberales, dirigidos por Malagodi, representaron cada vez más los intereses de la gran industria (una escisión por la izquierda del partido llevaría a la creación del partido radical) mientras que los socialdemócratas mantenían una posición de reformismo social.

Sin embargo, el hecho más nuevo de comienzos de los cincuenta fue la reaparición de la extrema derecha articulada en dos movimientos —el Movimiento Soziale Italiano, MSI, y los monárquicos— que arrebataron una parte del voto democristiano en las grandes ciudades del Sur. El clima de la guerra fría también influyó de manera importante en el seno de la propia DC, en donde surgieron tentaciones de romper con la coalición centrista o incluso de aceptar la colaboración de la extrema derecha. El Vaticano e incluso la embajada norteamericana parecían decantarse hacia esta solución mientras que De Gasperi se mantuvo en la más estricta defensa de la posición de colaboración con todos los pequeños partidos del centro.

Precisamente la presentación de una nueva ley electoral en el verano de 1953 pretendía hacer perdurar la fórmula centrista. La disposición introducía la posibilidad de emparentamiento entre varias listas electorales y, en el caso de que un sector político emparentado alcanzara más del 50 por 100 de los votos, eso le atribuiría dos tercios de los escaños. La ley hubiera permitido la perduración durante muchos años de la fórmula centrista pero, sin duda, tenía el grave inconveniente de recordar lo que hizo Mussolini en los años veinte y fue inmediatamente calificada como *truffa* (tramposa). Lo peor fue que acabó por dividir a los partidos gobernantes. En las elecciones de 1953 a los partidos de centro en torno a la Democracia Cristiana les faltaron apenas unos 60.000 votos para lograr ese 50 por 100 que les habría otorgado una confortable mayoría de dos tercios. La Democracia Cristiana perdió ocho puntos porcentuales y la extrema derecha sumaba en su conjunto unos trece. La consecuencia de estos resultados fue la retirada del amargado De Gasperi, que no tardó en morir en el verano de 1954.

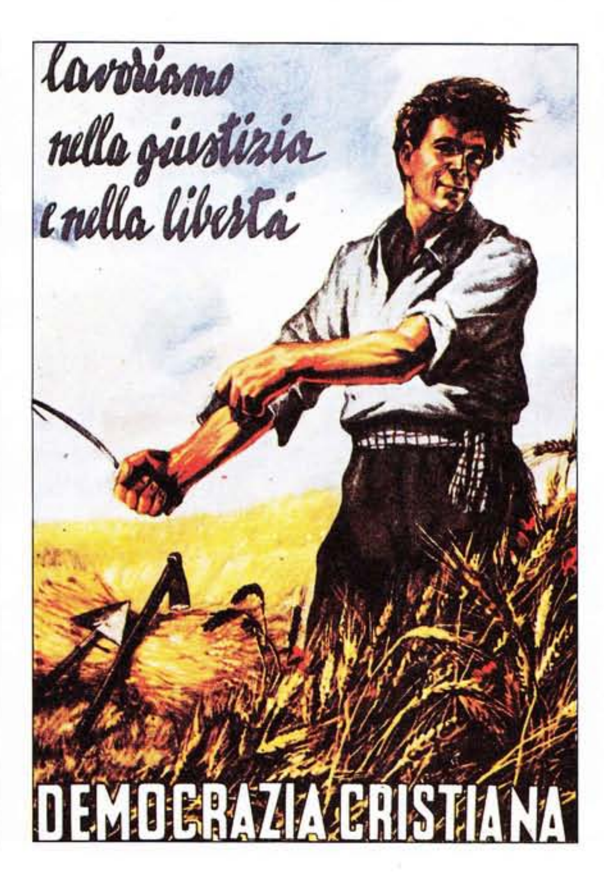
A pesar de todo, la fórmula política de Gobierno que se siguió practicando en los años sucesivos fue, con matices, idéntica aunque en ocasiones el apoyo de los partidos laicos fuera externo al gobierno. Pero el talante de algunos de los sucesores de De Gasperi, como Pella, Scelba y Segni, era





En las primeras elecciones que se celebraron después de la guerra, la fuerza política que obtuvo más votos fue la Democracia Cristiana. Arriba y abajo, carteles propagandísticos de algunos de los partidos en liza





más conservador. En el período entre 1953-58 hubo seis gobiernos, lo que testimonia una inestabilidad que venía multiplicada por el hecho de que en la Democracia Cristiana eran patentes hasta cinco corrientes distintas. Este fue el período en que el partido, bajo la secretaría de Fanfani, se organizó, vertebrando masas ciudadanas gracias a sus vínculos con la Acción Católica, que contaba con más de dos millones y medio de afiliados, y merced a una amplia penetración en la vida social a través, por ejemplo, de la asociación de cultivadores directos en el campo.

La «apertura a sinistra»

Tras la desaparición de De Gasperi y la retirada de otro de los grandes líderes de los momentos fundacionales, Dossetti, se produjo un importante relevo generacional. En esa segunda generación de dirigentes democristianos la preocupación social se acentuaba y ello sin duda contribuyó a facilitar en el período posterior la llamada *apertura a sinistra*. Pero fueron otros factores los que la prepararon. Los comunistas experimentaron una crisis como consecuencia de la invasión soviética de Hungría en 1956. Togliatti, sin duda el líder más destacado del comunismo en la Europa occidental de entonces, acuñó la tesis de que existía una *via italiana al socialismo*, para desvincularse de lo que venía sucediendo en el este de Europa. Pero era todavía demasiado pronto para que ese tipo de heterodoxia fuera aceptada por las fuerzas democráticas, lo que hizo que el PCI permaneciera aislado. Más decisiva fue la evolución experimentada por el partido socialista que, como consecuencia de la política unitarista seguida por Nenni, había perdido el primer puesto en el seno de la izquierda italiana y, con él, el mayor peso en el mundo sindical. Ya en 1955 Nenni se dijo partidario de la ampliación de los gobiernos democristianos hacia la izquierda. Ese mismo año hubo una premonición de que esto podía producirse cuando el candidato oficial de la DC a la Presidencia de la República fue sustituido, gracias a los votos *laicos* y socialistas, por un representante de la izquierda del partido, Giovanni Gronchi. En términos políticos, el final de la época de los cincuenta representó una fase de transición, por la inestabilidad y la sensación de que los demócratacristianos no querían apoyarse en la derecha pero tampoco se decidían a colaborar con la izquierda.

En octubre de 1954 quedó solucionada la cuestión de Trieste, que había hecho reverdecer tensiones nacionalistas de antaño

A estas alturas ya estaba resuelta la cuestión del alineamiento de Italia con el mundo occidental. En octubre de 1954 quedó definitivamente solucionada la cuestión de Trieste, que había hecho reverdecer tensiones nacionalistas de antaño. El apoyo occidental contribuyó en una proporción significativa a que Italia obtuviera la mayor parte de la población y del territorio en disputa. El reparto con Yugoslavia se hizo atendiendo a la frontera lingüística y étnica, y resolvió la última cuestión pendiente en relación con la etapa bélica.

También habían desaparecido los últimos temores de los aliados occidentales con respecto a Italia. Truman, por ejemplo, había llegado a juzgar a Italia como un país poco merecedor de ser aliado y al que no cabía otorgar ningún papel relevante en el sistema de alianzas defensivas occidentales. Esa posición coincidía con actitudes de fondo respecto a la política exterior de una parte de los grupos políticos italianos con vocación neutralista o de ausencia de compromiso con una gran potencia (a fin de cuentas el llamado *Pacto de Acero* con Hitler había justificado la entrada en la segunda guerra mundial). Sin embargo, la política de De Gasperi muy pronto se identificó con el mundo occidental y bajo la égida del ministro de Exteriores, conde Sforza, en 1949 se alineó con la OTAN y en 1952 con la Comunidad del Carbón y del Acero, de la que luego surgiría el Mercado Común.

No se puede decir que De Gasperi fuera un europeísta tan temprano como Schuman o Adenauer, pero se incorporó a tal ideario a la altura de comienzos de los años cincuenta. Es significativo que el tratado fundacional del Mercado Común fuera suscrito en la propia Roma en marzo de 1957, como reconocimiento al papel desempeñado por Italia en la gestación de la unión económi-



Amintore Fanfani fue elegido secretario general del Partido Demócrata Cristiano en el mes de julio de 1954

ca. Por otro lado, con el transcurso del tiempo se fue produciendo una evolución del resto de los grupos políticos no pertenecientes a la coalición gubernamental hacia posiciones semejantes. En 1955 los socialistas, cada vez más lejanos del unitarismo con los comunistas, aceptaron la OTAN y aunque se abstuvieron respecto al Mercado Común aceptaron, sin embargo, el Euratom. Los propios dirigentes sindicales de inspiración comunista no tenían inconveniente en considerar positiva la nueva organización, a pesar de que los propios inspiradores del partido la identificaban con el capitalismo.

Sin la menor duda, el Mercado Común constituye una de las razones que permiten explicar el desarrollo económico italiano a partir de finales de los años cincuenta, celebrado como si se tratara de un auténtico *milagro.* El volumen y la rapidez del crecimiento italiano durante la época merecen esta denominación puesto que entre 1958 y 1963 la tasa anual de crecimiento, del orden de casi el 7 por 100, fue superior a la alemana y sólo inferior en todo el mundo a la japonesa. Hasta el período abierto con esa primera fecha el crecimiento había permanecido alrededor del 5 por 100.

El despegue económico

Toda una serie de precondiciones contribuyó a hacer posible el despegue económico italiano. Hubo, en primer lugar, un período de reconstrucción en que se combatió la inflación y se estabilizó la moneda. De Gasperi siempre consideró que debía dejar en manos de economistas liberales o relacionados con los altos medios financieros la cartera de Hacienda y eso fue, en definitiva, lo que hizo entregándosela a Einaudi. Era la forma de asociar al tripartito un cuarto par-

tido (el del dinero). Pero si de esa manera se asentaron las bases de una economía de mercado hubo también otros factores coadyuvantes.

El primero de ellos fue la aportación de la ayuda americana, proporcionada principalmente a través del Plan Marshall. Italia recibió algo más del 10 por 100 del monto total de esa ayuda, cifrable en unos 3.500 millones de dólares en el período 1943-1952, de los que la mitad eran donativos. Eso permitió iniciar la reconstrucción y emprender una serie de inversiones en las áreas más deprimidas. La *Cassa del Mezzogiorno* pudo renovar las infraestructuras del Sur deprimido, lo que por un lado fomentaba el clientelismo político y por otro favorecía de manera indirecta a la industria del Norte creando un mercado más amplio. La reforma agraria desarrollada también en algunas zonas del Sur (principalmente, en Calabria) afectó a unas 750.000 hectáreas y supuso la instalación de 110.000 familias, pero el verdadero cambio en el medio agrícola se produjo como consecuencia de la masiva emigración del campo a la ciudad. A comienzos de los sesenta, aun habiendo aumentado la productividad agrícola, el mundo agrario sólo representaba el 13 por 100 de la renta nacional.

El crecimiento industrial italiano no fue sólo obra de empresas públicas, sino también de empresas privadas dedicadas a la exportación

El crecimiento italiano, a partir de estas premisas, fue producto de una serie de circunstancias que van desde la existencia de una mano de obra barata (y afectada gravemente por el paro) hasta la apertura de la economía a los mercados exteriores gracias a la desaparición del proteccionismo. Entre 1950 y 1970 se ha calculado que, mientras la renta francesa y británica sólo creció un tercio, la italiana se multiplicó por 2,3. El papel del Estado en este proceso fue importante y, al mismo tiempo, peculiar. Contribuyó a crear la infraestructura necesaria en el Sur a través de esas inversiones ya mencionadas, pero también gracias a las empresas públicas procedentes del intervencionismo de la era fascista que no sólo no desaparecieron sino que incluso llegaron a verse aumentadas.

El IRI (Instituto de Reconstrucción Industrial) era la segunda empresa europea y gracias a la reforma de la siderurgia proporcionó los instrumentos para disponer de ese acero barato que hizo posible la civilización del *Fiat 600*. Una modesta empresa de explotación del gas del valle del Po se convirtió en una gigantesca corporación petrolífera capaz de obtener en buenas condiciones yacimientos a explotar en el Medio Oriente (ENI = Ente Nazionale dei Idrocarburi). Pero el crecimiento industrial italiano no fue obra tan sólo de gerentes de empresas públicas (Sinigaglia en la siderurgia y Mattei en la petroquímica), sino también de grandes empresas privadas dedicadas a la exportación, aparte del consumo interior (además de la Fiat, el material de oficina de Olivetti o los electrodomésticos de Zanussi). No hubo, por tanto, una verdadera planificación puesto que el llamado Plan Vanoni (1954) ni se aplicó ni supo prever la evolución italiana.

El resultado, de todos modos, fue impresionante, afectando a la sociedad italiana de manera decisiva. El cambio más espectacular estuvo constituido por la modificación en la distribución de la población. En los años cuarenta y cincuenta la emigración transatlántica ofreció un saldo negativo superior al millón de personas; después de esta fecha la emigración se dirigió principalmente a Europa, en especial a Alemania y Suiza. Más decisiva todavía fue la emigración desde el medio rural al urbano: en la década de los cincuenta más de diez millones de italianos cambiaron de residencia. El espectáculo de los cambios sociales producidos como consecuencia de este proceso migratorio se aprecia, por ejemplo, en la película de Visconti *Rocco e i suoi fratelli*.

Precisamente en esta época la cultura italiana, amenazada como la de tantos otros países por un proceso de homogeneización creciente tuvo un último baluarte de identidad en el neorrealismo. Tuvo este movimiento su expresión tanto en la cinematografía (De Sica, Rossellini, Visconti) como en la literatura (Levi, Pratolini, Pavese) e incluso en la pintura (Guttuso). No se puede decir que obedeciera a ningún registro ideológico específico pero resultó coincidente con una influencia muy destacada del marxismo en el mundo intelectual italiano de la posguerra, fundamentalmente a través de Gramsci. Sólo a partir de los años sesenta y

más definitivamente en los setenta se produjo un cambio tendente a favorecer una innovación vanguardista.

Mientras tanto, a fines de los años cincuenta se apreciaban indicios de cambios importantes también en la Italia política. Las elecciones de 1958 supusieron un retroceso de esas tendencias de extrema derecha surgidas a comienzos de la década. Tanto la Democracia Cristiana como el partido socialista incrementaron levemente su número de votos mientras que el partido comunista parecía estancado. Pero lo más significativo desde el punto de vista político fue el hecho de que resultara creciente la influencia de los sectores de izquierda en el seno del primer partido y de aquellos que no querían ningún contacto con los comunistas en el segundo. Ambos hechos nos remiten a la posterior evolución de la política italiana.

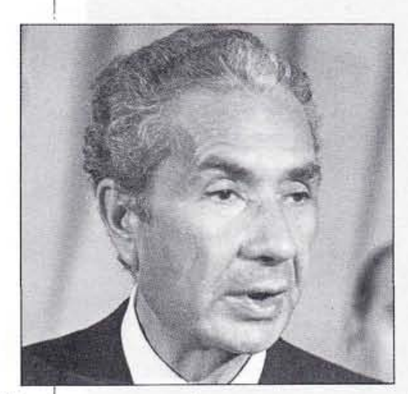
Los años del centro-sinistra

A mediados de los años cincuenta el sistema político italiano se podía considerar perfilado de una manera definitiva. Como el resto de los países de Europa occidental esta definición se hizo de acuerdo con el modelo democrático, pero con unas peculiaridades muy marcadas que casi se pueden definir como únicas. El peso específico del partido comunista, favorecido por la etapa inicial en que el partido socialista consideró como esencial la colaboración con él, marcó de un modo irreversible el sistema político italiano. Aun siendo el grupo político de esta significación más proclive a la autonomía que la mayoría de los europeos occidentales, siguió teniendo hasta los años setenta una voluntad de *hegemonía*, de acuerdo con las tesis de Gramsci, que lo hacían ajeno al sistema democrático.

Pero este sólo era el primero de los rasgos de la política italiana. Más importante era que estas características en el segundo partido del país suponían la imposibilidad de la alternancia, de tal modo que la expresión *bipartidismo imperfecto* no resulta correcta para el caso italiano por la imposibilidad de uno de los dos grandes partidos de acceder al poder. Lo que había, en realidad, era una fragmentación y polarización que, combinada con los demás rasgos, hacía que la política italiana siempre tuviera como eje permanente a la Democracia Cristiana, pero que pudiera oscilar hacia fórmulas diversas sin llegar a una verdadera alternancia radical. Ese posible juego de variables alianzas políticas tenía una consecuencia importante para la vida interna de los partidos en cuanto que contribuía a dividirlos en tendencias divergentes por motivos de carácter esencialmente táctico, cuando no personalista. Lo cierto es que las posibilidades de maniobra eran reducidas porque también resultaba inviable una modificación de la Constitución, que reprodujera el consenso logrado en 1948 para lograr un cambio en el funcionamiento de las instituciones. En Italia hubiera sido imposible una mutación en sentido autoritario como la que se produjo en Francia en 1958, con la llegada de De Gaulle, que fue interpretada poco menos que como la vuelta al fascismo.

Esta explicación previa resultaba precisa para tratar de entender el llamado *centro-si-*

Aldo Moro



Este político italiano, que fue primer ministro de Italia en cinco ocasiones (1963-64, 1964-66, 1966-68, 1974-76 y 1976), nació el 23 de septiembre de 1916 en Maglie y, tras ser secuestrado, murió asesinado el 9 de mayo de 1978. Estudió Derecho, fue profesor en la Universidad de Bari y publicó varios libros sobre temas legales. También fue presidente de la Federación Universitaria Católica Italiana entre 1939 y 1942. Después de la Segunda Guerra Mundial, tuvo varios puestos de importancia en la administración, antes de llegar a ser secretario de Democracia Cristiana en 1959. Tras su último mandato como primer ministro en 1976, siguió ejerciendo gran influencia desde la presidencia de Democracia Cristiana a la que accedió en ese mismo año. El 16 marzo de 1978 fue secuestrado por las Brigadas Rojas y a los dos meses fue hallado muerto en un callejón de Roma.

Aldo Moro fue primer ministro de Italia en cinco ocasiones. Arriba, durante unas jornadas organizadas por la Democracia Cristiana española, es saludado por Joaquín Ruiz Giménez. Abajo, Moro tras su asesinato

nistra, que cubre desde los años finales de los cincuenta hasta el final de los setenta. Definido el sistema político en sentido democrático y aceptado como tal por los socialistas, se abría ahora la posibilidad de intentar un tipo de alianzas diferentes de las precedentes, lo que habría contribuido de forma decisiva al aislamiento y a la posterior evolución de los comunistas.

El proceso mediante el cual se llegó a esta fórmula fue muy complicado y requirió una larga preparación a la que obligaban a la vez las desconfianzas existentes entre los dos grupos fundamentales que practicaron esta colaboración política y el juego de corrientes en su seno. En el caso de la Democracia Cristiana las dificultades provinieron fundamentalmente de los medios clericales relacionados con el Vaticano. Por eso la explicación de la definitiva decantación del partido hacia la colaboración con los socialistas ha de ponerse en relación con el pontificado de Juan XXIII, que, ya en su etapa de arzobispo de Venecia, había expresado sus buenos deseos respecto del Congreso celebrado en esta ciudad por los socialistas y luego mostró su cercanía a Fanfani, principal líder de la tendencia izquierdista democristiana. La *Mater et Magistra* (1961) y, sobre todo, la *Pacem in terris* (1963), dirigida esta última a *todos los hombres de buena voluntad,* mostraba coincidencias en materias como la programación económica con un mundo hasta ahora lejano como era el socialdemócrata.

El centro-sinistra tan sólo se convirtió en una coalición orgánica a la que se denominó irreversible en la primavera de 1963

No fueron, sin embargo, tan sólo sectores clericales los que pusieron dificultades a esta colaboración, sino que la propia estrategia de la tensión favorecida alternativa o coincidentemente por los misinos o los comunistas contribuyó a crear problemas complementarios. En el liderazgo democristiano el papel de precursor le correspondió a Amintore Fanfani, que presidió entre 1958 y 1962 tres gobiernos de los que tan sólo el tercero tuvo un apoyo indirecto de los socialistas. Fanfani, que había sido el propugnador de la fórmula de acercamiento a la izquierda y que en un momento inicial llegó a concentrar en sus manos la Presidencia del Consejo, el Ministerio de Asuntos Exteriores y la Secretaría general del partido, acabó siendo desplazado por Aldo Moro, principal dirigente de la tendencia denominada de los *doroteos,* mucho más cauta al principio respecto de la colaboración con los socialistas aunque finalmente dispuesta a ella, y siempre dúctil y hábil negociadora así como moderada de talante; el sector derechista del partido quedó reducido a tan sólo una quinta parte de sus representantes en los Congresos. Importa recalcar, en fin, que para la DC se acabó por imponer el *centro-sinistra* en un momento en que su potencia electoral sufría un relativo declinar en favor de los liberales y en que el aspecto más positivo de su gestión anterior, el desarrollo económico, iniciaba una crisis.

Pero para la gestación del centro-sinistra no hubo sólo problemas por parte de la DC sino también de los socialistas. Tampoco en este caso resulta posible desligar el entorno de la evolución política que hizo posible el centro-sinistra: el principal dirigente socialista, Pietro Nenni, puso en relación la presidencia de Kennedy con su compromiso de no abandonar la OTAN. Por otro lado debe tenerse en cuenta también que en el socialismo italiano no hubo un Bad Godesberg, como en el caso de Alemania. Eso es lo que explicaba que al poco de producirse la fórmula del centro-sinistra surgiera una inmediata escisión del PSI. En 1964, 25 de los 87 diputados socialistas formaron un grupo, el Partido Socialista de Unidad Proletaria, que se situó en la extrema izquierda del espectro político. Los socialdemócratas y los socialistas aprovecharon la ocasión para unirse, pero esa unidad resultó muy efímera. En 1964 la izquierda de la coalición del centro-sinistra había logrado la Presidencia de la República en la persona del socialdemócrata Saragat, pero en las elecciones de 1968 los socialistas unificados permanecían estancados en tan sólo un 14 por 100 del voto; en realidad la unidad de ambas tendencias apenas si duró tres años. Por si fuera poco ya se había demostrado en estas fechas que en no pocas materias (escuela, divorcio, organización regional...) tenían diferencias de mucha importancia con la DC.

El centro-sinistra tan sólo se convirtió en una coalición orgánica a la que se denomi-

Arriba, Pietro Nenni, líder del Partido Socialista Italiano (PSI) al lado de un jovencísimo Felipe González. Abajo, grupo de terroristas de las Brigadas Rojas, las cuales fueron finalmente desarticuladas por la Policía

nó *irreversible* en la primavera de 1963 bajo la primera Presidencia de Moro, con Nenni como vicepresidente, que se prolongó en otras dos posteriores hasta el otoño de 1968. La verdad es que el carácter novedoso y prometedor de esta fórmula política quedó cuestionado por la práctica política cotidiana: los factores contradictorios en el seno de la coalición gubernamental eran muchos y el rasgo más característico de Moro como político era su radical pesimismo que parecía condenarle a la inacción. El resultado fue la práctica del *no gobierno*. Apenas existieron disposiciones aprobadas por el Parlamento, pues algunas de las más decisivas fueron anteriores a la entrada de los socialistas (la nacionalización de la industria eléctrica) y otras sólo pueden entenderse desde la perspectiva del impacto del 68. La reforma regional, que los socialistas habían exigido y había tropezado con la dificultad de que no la querían aplicar formando gobiernos de coalición idéntica a la nacional, tardó mucho tiempo en llevarse a la práctica (hasta 1972).

Resulta de interés hacer mención al papel desempeñado por el principal elemento de la oposición política en la Italia de la época, el PCI. En los años sesenta se produjo en este partido, como en el resto, un proceso interno en el que perdió una parte de sus masas y se convirtió en una maquinaria de poder. Los grandes beneficiarios del usufructo del poder fueron sin duda los democristianos, a los que se sumaron pronto los socialistas. De todas maneras en esa *burguesía de Estado* que era la clase dirigente también le correspondía, gracias a sus votos, un papel relevante al partido comunista. Es verdad que la coalición del centro-sinistra lo aislaba pero también lo legitimaba como receptor de los deseos de cambio y de protesta de la sociedad italiana. Por otro lado, ya desde los años sesenta, después de la muerte de Togliatti (1964) no dejó de ofrecerse como posible elemento aglutinador de una mayoría alternativa aprovechando cualquier ocasión para distanciarse de Moscú (como, por ejemplo, el caso de la invasión de Checoslovaquia en 1968) y manifestando una clara impregnación de la política democrática. En conjunto esa política, aunque de una manera lenta y muy gradual, le resultó muy positiva. En mayo de 1968 superó la barrera del 26 por 100 de los votos. Desde esta fecha hasta el final de la década de los setenta ya no dejó de crecer y eso hizo posible que se convirtiera en el primer partido italiano.

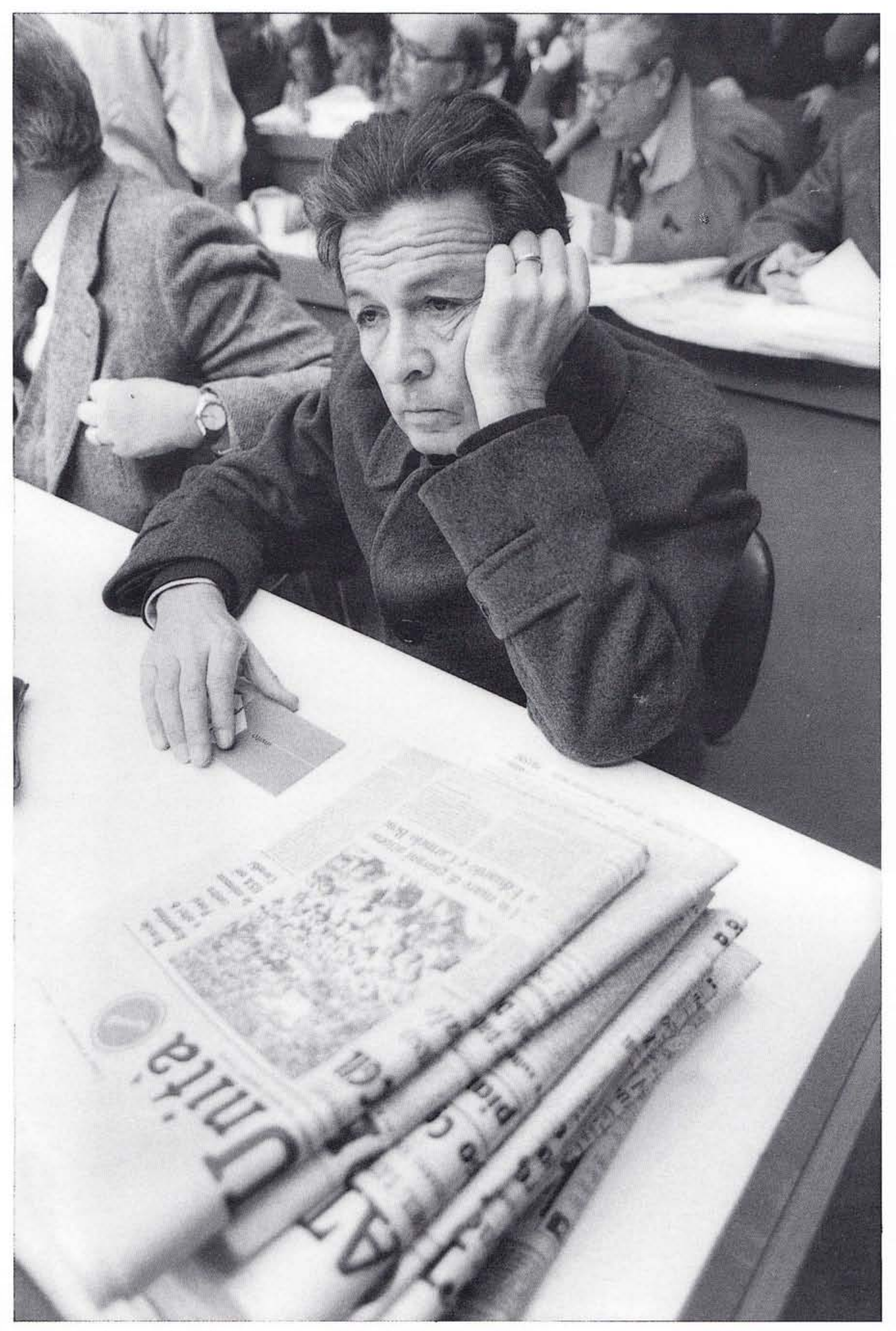
La revolución del 68

La llamada *revolución del 68* tuvo en Italia una particular significación. Se produjo, en primer lugar, en un momento en que se había producido un *impasse* político grave, cuando la insatisfacción provocada por el *centro-sinistra* había movido a quienes formaban parte de él a mostrar una profunda inquietud. Los socialistas ahora hacían mención de su voluntad de *disimpegno* (falta de voluntad) de formar parte del gobierno mientras que Moro formaba su propio grupo dentro de la DC. Por otro lado la protesta estudiantil fue muy temprana, pues se inició en 1967 aunque tuviera los mismos orígenes que en otros países (universidades con diez veces más alumnos de los que po-

Pietro Sandro Nenni



(Faenza, 9 febrero 1891-Roma, 1 enero 1980) De origen campesino, se convirtió primero en periodista y más adelante en político, llegando a ser dos veces ministro de Asuntos Exteriores y varias veces vicepresidente de Italia. Por organizar una manifestación contra la invasión italiana de Libia en 1911, estuvo en la cárcel, donde conoció a Benito Mussolini. Se unió al Partido Socialista Italiano (PSI) en 1921. Al año siguiente Mussolini llegó al poder y Nenni le atacó duramente en *Avanti*, periódico del que era redactor jefe. Intervino en la Guerra Civil española, ayudando en la fundación de la Brigada Garibaldi. Fue ministro de Asuntos Exteriores en 1947, pero el PSI se dividió y él quedó a la cabeza de la facción más a la izquierda. Entonces se alió con los comunistas, con quienes rompió tras la invasión de Hungría. En 1969 dimitió de su puesto en el PSI y en 1970 fue nombrado senador vitalicio.



Enrico Berlinguer fue el secretario general del Partido Comunista desde marzo de 1972 hasta su muerte

dían admitir). Muy pronto hubo derivaciones de la protesta en el mundo laboral: se produjo un incremento de la afiliación sindical y de su presión unitaria sobre el empresariado y sobre el mundo político. Un rasgo muy característico del impacto del 68 en Italia fue la pronta derivación hacia la formación de grupúsculos de izquierda (como *Il Manifesto*) y la aparición del terrorismo (atentado de Piazza Fontana en Milán con 16 muertos a fines de 1969; formación de las *Brigadas Rojas* en 1970). Los años más inestables fueron los transcurridos entre 1968 y 1972; luego, tras el impacto de la crisis económica de 1973, hubo un nuevo recrudecimiento de la acción terrorista a partir de 1974.

El sistema político experimentó a partir de entonces un giro, aunque titubeante y lento, hacia la derecha. Ya en el período inmediatamente anterior y posterior al 68 de las figuras más importantes de la DC no eran Fanfani o Moro, identificadas con el centro-sinistra, sino Rumor, Colombo o Andreotti. En 1971 el presidente democristiano Leone obtuvo votos de los misinos para alcanzar su puesto, aunque quizá ni siquiera los necesitaba. En los años setenta, por primera vez bajo Andreotti, se produjo un retorno hacia la fórmula de los cuatro partidos de la etapa De Gasperi con la vuelta de los liberales al poder. La cuestión del divorcio dificultó la colaboración entre la DC y los partidos laicos: la ley, en su redacción definitiva, fue obra de un socialista y un liberal (ley Fortuna-Baslini) y acabó siendo sometida a un referéndum (1974) en que, a pesar de las previsiones, el mantenimiento de la disposición obtuvo una confortable mayoría, próxima al 55 por 100.

El crecimiento prosiguió; en el período entre 1963 y 1969 las exportaciones italianas se multiplicaron por más de dos

El sistema político daba una creciente sensación de anquilosamiento. Las elecciones de mayo de 1972, en que el PCI prosiguió su lento crecimiento mientras que la DC se mantenía en un sólido 38 por 100, parecieron probar que las condiciones de la vida política no estaban destinadas a modificarse en un plazo corto de tiempo. Eso y el espectáculo de lo ocurrido en Chile, donde un intento de llegar al socialismo apoyado por una porción no mayoritaria de la sociedad había concluido en un golpe de Estado militar, tuvo como consecuencia la enunciación, por parte del principal dirigente comunista del momento, Enrico Berlinguer, de la tesis del *compromiso histórico*. Dirigida principalmente a la DC, de acuerdo con esta tesis era necesario obtener apoyos más amplios que los de los partidos de izquierda para provocar un cambio sustancial en la política italiana. Esta política insistía en la necesidad de mantener de forma estricta los procedimientos democráticos y venía a ser una especie de signo de complicidad a la DC para que ella misma cooperara a un cambio político en la mayoría gubernamental que algunos de sus dirigentes empezaban a considerar inevitable (por ejemplo, Aldo Moro). Mientras que un cambio de gobierno, en última instancia mínimo, duraba incluso dos meses, la única sensación de cambio en lontananza parecía ser la participación de los comunistas en el poder. Las elecciones celebradas en 1975 y 1976 no hicieron otra cosa que confirmar la prolongación de las tendencias existentes desde hacía tiempo, es decir la permanencia del voto demócratacristiano y el lento crecimiento del comunista.

Necesidad de un compromiso

Sin embargo, el PCI no llegaría en puridad a participar del poder. La máxima aproximación que logró se produjo en los gobiernos entre 1976 y 1979, y su protagonismo estuvo en manos de Andreotti. En ellos por vez primera el PCI no figuraba en la oposición, aunque tampoco estaba en el poder. Para hacer compatible esta fórmula contradictoria se recurrió a un procedimiento característico de las complicaciones (y también de las sutilezas) de la política italiana. El gobierno, en efecto, se apoyaba en la *no confianza* de la mayoría de las fuerzas políticas que se abstenían en el momento de presentarse ante el Parlamentario. De esa manera se trataba de una fórmula de *solidaridad nacional* que, si por un lado permitía dejar abierta la posibilidad de un ingreso del PCI en el poder, lo sometía no sólo a



Sandro Pertini gozó de gran prestigio dentro y fuera de Italia. En la foto, es recibido por el rey Juan Carlos

cautelas, sino también a la posibilidad de un cambio de coyuntura. Mientras tanto se daban otros indicios de cambio en el panorama político. Fueron pocos los que se produjeron a través de la aparición de fuerzas políticas nuevas, pues, a fin de cuentas, el pequeño partido radical tan sólo animó la política italiana durante un corto período de tiempo. En cambio, empezaron a surgir escándalos políticos relativos a la financiación de los partidos precisamente en el momento en que una ley destinada a emplear fondos públicos para conseguir evitarlo era aprobada por el Parlamento.

De momento fue un factor inesperado el que produjo la brusca mutación del panorama político. En la primavera de 1978 fue secuestrado por las *Brigadas Rojas* Aldo Moro, quien permaneció en paradero desconocido durante casi dos meses hasta acabar apareciendo asesinado en un callejón de Roma a tan sólo unos centenares de metros de las sedes de los dos principales partidos políticos. Aunque desde hacía una década el PCI se había convertido en el principal guardián de la estabilidad de las instituciones democráticas, lo cierto es que en las elecciones inmediatamente posteriores, se dio una importante disminución del voto conseguido por este partido mientras que crecía el socialista. La elección de Sandro Pertini como presidente de la República contribuyó a dar la impresión de que este partido podía convertirse en una alternativa.

Mientras tanto se habían consolidado importantes cambios en el seno de la sociedad italiana. En realidad, aparte de la nacionalización de la industria eléctrica y unos intentos, muy pronto olvidados, de planificación, no se produjo un cambio sustancial en la política económica. El crecimiento, sin embargo, prosiguió: en el período entre 1963 y 1969 las exportaciones italianas se multiplicaron por más de dos. Es significativo que durante esta década, gracias a la emigración rural, desapareciera el problema agrario: tuvo lugar una concentración de la propiedad superior incluso en número de hectáreas a la reforma que se había producido en los primeros tiempos republicanos.

La crisis de la energía fue particularmente grave teniendo como consecuencia una inflación de dos cifras y una parcial detención del crecimiento económico. Todavía en 1976 la lira sufrió en un año una devaluación del 20 por 100. La crisis, por otro lado, demostró determinados inconvenientes de la economía italiana. El déficit público era muy superior al de países del entorno por la debilidad política de los gobiernos mientras que los salarios experimentaban un crecimiento superior al que le correspondía a la productividad como consecuencia del establecimiento de escalas móviles de acuerdo con la inflación, logradas a través de la presión sindical. Por otro lado, parece evidente que los importantes cambios producidos en la vida italiana no hicieron desaparecer la fundamental diferencia entre Norte y Sur. En el Sur un tercio de los salarios dependían, de forma más o menos directa, del Estado. Pero si en todo ello había una predominante sensación de estabilidad en otros aspectos se imponía la de cambio. La mayor parte de las mutaciones producidas durante los setenta tuvo lugar en los hábitos y en los comportamientos en vez de fundamentarse en el desarrollo económico. La aprobación del Estatuto de Trabajadores, el divorcio, la objeción de conciencia (1972),

Giulio Andreotti



Político italiano nacido en Roma el 14 de enero de 1919. Ha sido uno de los líderes del partido Democracia Cristiana, llegando a primer ministro dos veces en 1972 y una en 1976-79. Estudió Derecho en la Universidad de Roma y fue presidente de la Federación de Estudiantes Católicos. Fue miembro de la Asamblea Constituyente de 1946, subsecretario en el gobierno de Alcide de Gasperi hasta 1953, ministro del Interior con el primer gobierno de Amintore Fanfani. Más adelante llevaría carteras como la de Hacienda (1955-58); Defensa (1959-66); Industria y Comercio (1966-68). Su primer gobierno (1972), un intento monocolor, duró sólo cuatro meses. Formó su segundo gobierno en el mismo año, haciendo coalición con los liberales y los socialdemócratas. Su tercer gobierno llegó al poder por la abstención de los comunistas, y porque no parecía existir alternativa posible en 1976.



El primer ministro Giulio Andreotti, líder de la Democracia Cristiana, con el presidente Giscard d'Estaing

el voto a los 18 años (1974) o el aborto (1978) constituyeron un testimonio de cambio semejante al de otras latitudes europeas. El creciente papel de la mujer o la reducción de la familia media a tres personas constituyeron, quizá, la prueba más definitiva de la homologación de la sociedad italiana y el resto de las europeas.

La Italia de los años ochenta puede ser interpretada como un país en que se ha producido un permanente conflicto entre las posibilidades de renovación y la permanencia en el inmovilismo. Posible renovación por la existencia de una sociedad dinámica e inmovilismo por la realidad de un sistema político que, a finales de los ochenta, había alcanzado lo que parecía ser su límite, aunque parece haber llegado al desenlace, del que todavía se desconocen las consecuencias, en el momento presente. Como en el caso del Japón, ha sido la permanencia de las estructuras políticas heredadas de 1945 lo que ha creado una crisis irreversible en las instituciones democráticas surgidas de la posguerra, realidad que no tiene parangón con ningún otro caso europeo.

En 1984, Craxi fue el beneficiario de los deseos de estabilidad y de un ejecutivo fuerte, al menos para los términos habituales en Italia

El dinamismo de la sociedad italiana ha sido manifestado durante la década de los ochenta en que se ha podido hablar incluso de un *nuevo milagro económico italiano*. En efecto, el crecimiento ha sido muy elevado, del orden del 4 por 100 anual, a menudo el doble del alemán; la contrapartida ha sido el mantenimiento de un paro también elevado y de una inflación muy difícil de dominar. Un rasgo muy característico del caso italiano ha sido el hecho de que el crecimiento se ha llevado a cabo merced a la existencia de un sector oculto de la economía dedicado a determinadas ramas de la producción (vestido, cuero, mobiliario...), dedicado a la exportación y poco o nada controlado por el fisco. Ese sector, ubicado principalmente en el centro y el Norte, testimonia la existencia de un empleo oculto y doble que pretende marginarse de un Estado cuyas necesidades fiscales nacen sobre todo de la necesidad de atender a un sur subsidiado. El resultado ha sido una multiplicación de la dualidad nacional y la deslegitimación de las instituciones políticas al margen de las cuales se ha producido este desarrollo. Por otro lado, el peligro que ha tenido este crecimiento ha sido siempre el mismo: el crecimiento más rápido de los salarios que la productividad. El establecimiento de una escala salarial móvil que la hacía dependiente de la inflación ha contribuido a ese resultado y, por tanto, ha intentado ser corregida a partir de mediados de los años ochenta.

En el terreno político la década de los ochenta supuso un cambio fundamental cuyo origen ya hemos visto en la etapa final de los setenta. En 1979, por vez primera en los tres últimos años, salió el PCI de la peculiar mayoría gubernamental creada por el sistema de voto de *no desconfianza*, de esa manera se puede decir que se llegó al *reflujo* de las esperanzas comunistas. Los resultados electorales confirmaron esta tendencia cuando, por vez primera en mucho tiempo, los comunistas vieron disminuir sus votos a partir de esta fecha. Sólo en 1984 el PCI se situó por encima de la Democracia Cristiana, pero en un contexto que ya resultaba muy distinto del de una década antes en que el *compromiso histórico* parecía viable. Se trató, ahora, de unas elecciones europeas cuando, además, ya existían otras fórmulas de gobierno muy distintas. Por eso el *sorpasso*, es decir la superación por el PCI del voto DC, resultó carente de significado y de consecuencias.

Italia, entre la esclerosis y la transformación

Lo característico de los años ochenta fue, en efecto, la emergencia de una solución que, aunque en lo esencial resultara muy semejante a las anteriores, ofrecía aspectos en apariencia innovadores. Desde 1978 el partido socialista, animado por una nueva generación de dirigentes que tuvo como principal figura a Craxi, se ofreció como eje de una coalición gobernante que no tuviera relación ni con el comunismo ni con la Democracia Cristiana. Esa fórmula, aunque no marginara de las tareas fundamentales a la Democracia Cristiana, la privó de la Presi-

Cabe preguntarse a qué fórmula política se podría acoger hoy día Italia para lograr una estabilidad gubernamental mínima. Arriba, vista actual de la basílica vaticana. Abajo, diversos carteles electorales en 1990

dencia del Consejo al mismo tiempo que barría la llegada al poder de los comunistas. Según ha escrito un historiador italiano, nació en estos momentos la *hora de los laicos*.

Aparte de Pertini, que dotó a la Presidencia italiana de un liderazgo moral del que había carecido hasta el momento, las dos figuras que se identificaron principalmente con este nuevo momento político fueron el republicano Spadolini y el ya citado Craxi. El republicano Spadolini se convirtió en presidente probablemente por el deseo de la DC de evitar que lo fuera un socialista. En cierta manera se puede decir que fue un tanto excepcional: frente a la habitual gerontocracia de la política italiana su caso fue el de una persona que obtuvo el puesto más importante del ejecutivo tan sólo diez años después de iniciarse en la política, a la que llegó dotado de un prestigio profesional indudable. Su presencia al frente del gobierno determinó el resultado de las elecciones de 1983, muy favorables para su partido, aunque perjudicó a la otra vertiente laica de la mayoría gobernante, los socialistas. El triunfo de Spadolini era indicativo de la exigencia de un nuevo tipo de político que llegó incluso a obligar a la anquilosada Democracia Cristiana a recurrir, en los gobiernos circunstanciales cuya Presidencia asumió, a figuras como el tecnócrata Goria.

Los socialistas se integraron sin ningún problema en esa burguesía del Estado compuesta hasta entonces por democristianos

En 1984, Craxi fue el beneficiario de los deseos de estabilidad y de un ejecutivo fuerte, al menos para los términos habituales en Italia. El dirigente socialista presidió sucesivos gobiernos de una amplia coalición de centro (el *pentapartito*). Desde 1985 el PSI se instaló en una cuota de voto en torno al 14 por 100, que no sólo era la más alta que había conseguido en todo el período republicano, sino que daba la impresión de poder alcanzar al PCI. En 1987 con una Democracia Cristiana en el 34 por 100 y un PCI en descenso hasta el 26 por 100, por vez primera la campaña electoral tuvo como objeto principal de interés la previsión de voto del primer partido y de los socialistas, y no la posibilidad de que los comunistas fueran inevitables en el gobierno. A estas alturas ya se había imaginado una fórmula para el relevo en la Presidencia. La peculiar inventiva de los italianos para la práctica política de su propio país acuñó el término *estafeta* para denominar el relevo, previsto en un plazo tasado de tiempo, del dirigente socialista por un democristiano. Signo evidente de los tiempos es que el socialismo de Craxi no ponía en cuestión la economía de mercado, ni tampoco significaba desde el punto de vista de la política exterior ningún cambio sustancial, como en la época de Nenni. Craxi sólo se limitó a expresar alguna reticencia respecto de la política mediterránea de los norteamericanos, principalmente de cara a los países árabes.

Aires de renovación

Durante la década de los ochenta hubo algunas pruebas de renovación del sistema político italiano, de las que quizá la más importante consistió en la renovación del Concordato que hizo desaparecer la confesionalidad del Estado y las mutuas interferencias de las respectivas potestades. El referéndum sobre el aborto, celebrado en 1981, testimonió, por otra parte, que, aunque la Iglesia siguiera siendo una autoridad moral en Italia, en esta materia el 68 por 100 del electorado no estaba dispuesto a seguirla. Lo cierto es, sin embargo, que bajo la apariencia de algún cambio la renovación política estuvo muy lejos de producirse. Ante la opinión pública y en los medios intelectuales tuvo lugar una amplia discusión acerca de la posibilidad de llegar a una *segunda República* con instituciones diferentes, pero aunque se formaron comisiones parlamentarias de estudio, no hicieron otra cosa que constatar las discrepancias en el planteamiento fundamental de los partidos más importantes.

Por otro lado, los socialistas se integraron sin ningún problema en esa *burguesía del Estado* compuesta hasta entonces primordialmente por democristianos, practicando idéntico tipo de clientelismo. No hubo ni el más remoto indicio de una reforma política en un momento en que las condiciones de desarrollo de la vida política eran muy distintas de las de 1945. Ya no existía esa Italia dividida en dos y penetrada capilarmente por un vigoroso asociacionismo seudo-

partidista, sino una sociedad cada vez más alejada del sistema político, su inestabilidad y su ineficiencia.

Italia tenía graves problemas y una parte derivaba de ese sistema político anquilosado. El terrorismo siguió golpeando a la democracia. En Bolonia en 1983 se produjo el atentado acaso más brutal de la historia europea con un saldo de más de ochenta muertos. Sin embargo, la policía consiguió poco a poco la liquidación de las tramas fascistas y, gracias a los arrepentidos *(pentiti)* de las Brigadas Rojas, logró desarticular este movimiento. Pero, como ya se ha dicho, existían también otros problemas que derivaban de la existencia de un sistema político anquilosado que, además, era acosado por la corrupción de la clase política de todos los partidos políticos. La Italia de los años ochenta era la del éxito de Benetton o de Armani, pero también la de la logia masónica P2, cuyos afiliados utilizaban en beneficio propio el poder del Estado; la del caso del banquero Calvi; o la de los sobornos de la compañía norteamericana Lockheed. Una nación cuya impresión de dinamismo era bien clara para sus visitantes al mismo tiempo que desvelaba en la lectura diaria de sus periódicos que zonas geográficas enteras del Sur permanecían sujetas no ya a redes clientelares, sino a asociaciones delictivas como la Mafia o la Camorra.

De esta peculiar situación se empezó a salir, sin que resultase previsible el desenlace final de los acontecimientos, con el derrumbamiento del comunismo en 1989. En ningún país de Europa occidental tuvieron los acontecimientos de Europa del Este un resultado semejante, lo que testimonia hasta qué punto Italia vivía en un régimen político salido de las consecuencias de la guerra mundial. La porción mayoritaria del PCI se homologó a los partidos socialistas y para la Democracia Cristiana se hizo cada vez más patente la autonomía del factor religioso y la política. Pero, sobre todo, los jueces y la opinión pública, empezando por la prensa, empezaron a convertirse en beligerantes en contra de la vasta confusión entre lo público y lo privado en beneficio de los dirigentes políticos. La dualidad sempiterna entre la Italia del Norte y la del Sur se canalizó a través del crecimiento de las ligas, que tuvieron un éxito arrollador en el Norte, mientras que en el Sur parecía resucitar una extrema derecha que siempre fue un signo de identificación, pero que hasta el momento no había desempeñado un papel tan relevante. De este panorama surgió la conmoción causada por las elecciones municipales de 1993, en cuya resaca seguimos estando cuando se escriben estas líneas. El problema que ahora se plantea ya no es tanto la posibilidad de sustitución del régimen vigente hasta ahora, lo que es un imperativo evidente. Lo que se cuestiona es la viabilidad de Italia como nación y que, en caso de seguir siéndolo, obligaría a preguntarse a qué fórmula política cabría acogerse para lograr una estabilidad gubernamental mínima.

BIBLIOGRAFIA

Obras generales: Giorgio Candeloro, *Storia della Italia Moderna*, Milano, Feltrinelli, XI (1986).

Renzo de Felice, *Storia della Italia Contemporánea*, Napoli, Edizioni Scientifiche Italiane, tomos V, VI y VII.

Luigi de Rosa, *La storiografía italiana degli ultimi venti anni. III, L'Eta contemporanea*, Bari, Laterza, 1989.

Paul Ginsborg, *Storia d'Italia dal dopoguerra a oggi. Societá e politica, 1943-1948*, Torino, Einaudi, 1989.

Norman Kogan, *Storia politica dell'Italia repubblicana*, Bari, Laterza, 1990.

Giuseppe Mammarella, *L'Italia contemporanea*, Bologna, Il Mulino, 1990.

Giuseppe Mammarela, *La primera republica della fondazione al declino*, Bari, Laterza, 1992.

Donald Sassoon, *Contemporary Italy: politics, economy and society since 1945*, Longman, 1986.

Bibliografía especializada: F. de Lucia y otros, *L'Italia negli anni del centrismo (1947-1958)*, Roma, Acropoli, 1990.

Ennio Di Nolfo, *Vaticano e gli Stati Uniti, 1939-1952*, Milano, Franco Angeli, 1978.

J. L. Harper, *L'America e la riconstituzione dell'Italia*, Bologna, Il Mulino, 1987.

Pietro Pastorelli, *La politica estera italiana del dopoguerra*, Bologna, Il Mulino, 1987.

Pietro Scoppola, *La repubblica dei partiti: profilo storico della democrazia in Italia, 1945-1990*, Bologna, Il Mulino, 1991.

Pietro Scoppola, *La proposta politica di De Gasperi*, Bologna, Il Mulino, 1978.

Sidney Tarrow, *Democracy and disorder. Protest and politics in Italy, 1965-1975*, Oxford University Press, 1989.

Leo Valiani, *L'Italia di De Gasperi (1945-1954)*, Firenze, Le Monnier, 1982.

CUIDA

e-l

Ozono

